

La Verdad que se Oculta Tras los Muros de la Beneficencia

Escribe: LUIS ROLANDO CABRERA

EN lo que, en los tiempos de su instalación, era la zona extramural de La Habana, frente al camino de San Lázaro que llevaba hacia el Hospital, la Casa de Dementes y el Cementerio, se alza hoy todavía la Casa de Beneficencia y Maternidad, maciza mole de piedra en cuyo inmenso perímetro irregular se encierran las vidas de varios centenares de personas: asilados, religiosas y empleados.

Para el habanero, la Beneficencia — como se la llama en obsequio a la brevedad — es una institución altruista donde encuentran refugio, instrucción, pan y ayuda muchos niños a quienes sus padres no pueden mantener; último faro de esperanza para las madres solteras que, decidiendo por una razón u otra deshacerse del fruto de sus amores, encuentran salida a su problema en el torno de la Beneficencia que aunque en los últimos tiempos ha devenido más que nada en curiosidad histórica que guías de ocasión enseñan al turista; fué hace algunos años constante puerta de entrada en la casa para muchos niños que, de ahí en adelante, no llevaron más apellido que el de Valdés, legado para ellos por el obispo Don Jerónimo Valdés, en los años ya lejanos del Siglo XVIII.

El habanero y el que no siéndolo, comparte ese criterio de la Casa Cuna, lo fortalecen con la prueba de las demostraciones externas. Recuerdan las fiestas patrias y las paradas escolares en las que participan los niños de la Beneficencia: música marcial de cornetas y tambores, blancos trajes, azules entorchados, muchachas animosas que, pese a todo, marchan con la vista puesta en el futuro, fortalecidos por la frase martiana: "Los niños son la esperanza del mundo".

Pero ¿es la Beneficencia lo que parece ser? ¿Cómo se vive en verdad tras de sus muros grises? ¿Es oro todo lo que reluce o hay mucho de falso tras el aparato externo? ¿Hay tristeza y dolor tras la música marcial y bajo los entorchados azules?

A esas preguntas vamos a contestar ahora con los datos recogidos de los labios veraces de los seres que allí viven, con la elocuencia irrefutable de esas fotografías tomadas a espaldas —claro está— de la dirección de la Beneficencia, pero que reflejan cosas y situaciones existentes; ajustados tanto los datos como las fotos a la más estricta verdad, a la que en este caso, como



Dos asilados tratando de sacar algo que comer de los latones en que se echan los sobrantes de la comida

MONIO
ENTAL
ORADOR
DE LA HABANA

siempre, rinde tributo "HOY" en sus informaciones.

EL PROBLEMA OBRERO

En la Casa de Beneficencia ganan el sustento —si es que se puede sustentar alguien con veinte pesos mensuales— cerca de dos centenares de empleados, desde las robustas amas de cría, llegadas de una aldea de España, hasta las muchachitas de nuestro campo, venidas a La Habana a la conquista del Vellocoino de oro. Hay allí: manejadoras, mozos de limpieza, cocineros,

electricistas, carpinteros, instructores; todo el enorme aparato que se necesita para mantener en pie la Casa de Beneficencia y Maternidad.

Desde hace tiempo —ya lo sabéis— los empleados y obreros han presentado sus demandas a la dirección y a la Junta de Patronos. ¿Qué es lo que piden? ¿Los dones de Jauja? No, sólo lo que es de justicia. Y aunque las Hermanas de la Caridad les llamen "rojos" y les miren como



Las manejadoras son las verdaderas madres de los niños. Trabajan de sol a sol, comen mal, se las trata peor y ganan diecisiete y veinte pesos mensuales.

apestados, haciendo la señal de la cruz, los empleados de la Beneficencia no son "agentes de Moscú", ni tienen en sus cuerpos al demonio. Son hombres y mujeres cuyas necesidades quieren ignorar los señorones de la Junta de Patronos, instalados cómodamente en la vida, que no habitan, como los obreros, en covachas miserables, que ruedan máquinas y que aún en épocas de escasez y bolsa negra saborean manjares suculentos.

Los obreros de la Casa de Beneficencia han acudido con sus quejas al Ministerio del Trabajo que, en su oportunidad, dictó un fallo declarando la Casa una entidad particular y por lo tanto, comprendidos dentro de las leyes sociales, a los que trabajan en la misma.

Pero la Junta de Patronos está compuesta por hombres que se dicen influyentes en las esferas oficiales y que se han permitido el lujo de no asistir a la reunión convocada en el Ministerio, para discutir con los obreros el Convenio de trabajo y que con soberbia rencorosa han ofrecido renunciar en pleno, como oposición a las resoluciones que el Ministerio ordenó.

La segunda vista se celebrará pronto pero, mientras tanto, se sigue persiguiendo a los trabajadores que fueron arrojados de la casa con el apoyo de agentes policíacos, a los que se dijo que aquellos eran elementos perturbadores y malsanos, empeñados en convertir al comunismo a todos los que moran en lo que las monjas llaman: "la santa Casa".

COMO SE MALVIVE EN LA BENEFICENCIA

✓ Cuando un miembro del gobierno o una comisión extranjera visita la Casa de Beneficencia sale haciendo elogios de la misma. ¡Cuanta organización! ¡Qué buena comida! ¡Cuán limpios los pisos! ¡Qué marcial y saludable la muchachada animosa! Pero... sucede que esas visitas son siempre avisadas con anticipación y dan tiempo para preparar la escena y producir el mejor efecto posible. Pero si el ministro tal o el periodista cual, hubiesen llegado de improviso ¡cuán diferente hubiera sido el espectáculo y por ende la reacción del visitante!

✓ Ahí tenéis esas fotografías: niños que extraen sobras de comida de latones de basura para saciar su hambre insatisfecha con la ración escasa; otros que sacan agua de un registro para beber porque en toda la inmensa casa hay un solo bebedero colonial y anti-higiénico. Y ese párvulo que limpia de rodillas, los gastados peldaños de la escalera de piedra. ¿Por qué lo hace? ¿Por ejercicio físico? Yo os lo voy a decir. Lo hace porque en la Casa de Beneficencia se despide a los obreros cuando reclaman mejoras en sus salarios y se les sustituye por muchachos a quienes dan unos cuantos centavos a la semana. Así hay asilados que pintan, hacen zapatos u otras labores y ganan ¡treinta centavos a la semana!

MUCHO CATECISMO Y POCA HISTORIA DE CUBA

Los asilados aprenden en aulas separadas por sexos. Los varones tienen maestros públicos pagados por el estado, es como si estuvieran en una escuela pública más. Pero las niñas tienen una enseñanza diferente. Sus profesoras son las monjas, maestras sin idoneidad, sin títulos, ni preparación para el magisterio. Y enseñan religión, mucha religión que, después de todo, es lo único que saben. Pero historia, cívica ¿para qué? Y así crecen esas niñas en un ambiente antipatriótico, sin conocer la historia de su país, sin aprender a re-

verenciar y amar los nombres de Maceo y de Martí.

Claro está que al fin del curso se realizan brillantes exposiciones de trabajos manuales y artes domésticas. Quien las haya visitado dirá que mentimos o que exageramos. Pero sin embargo no es así. Lo que sucede es que allí también se ha preparado la escena, es que como diría alguien en argot popular hay "trucos" para cubrir las deficiencias de la enseñanza y para engañar al público. Y si investigáramos acuciosamente la procedencia de esas labores, encontraríamos que han sido trasladadas a escondidas desde el vecino colegio de la Inmaculada, donde las realizaron otras manos que no fueron las de las reclusas de la Beneficencia.

UN FEUDO POLITICO QUE SE ESTA DESHACIENDO

Los 200 empleados de la Beneficencia fueron de antaño, cantera fácil para la explotación, no ya sólo de sus fuerzas públicas sino también de sus derechos ciudadanos. Cuando se acercan las elecciones, los políticos de la reacción y el oscurantismo van a la Casa Cuna, en busca de su cosecha de cédula. Dorta Duque y sus acólitos, descienden entonces al trato con los obreros y las manejadoras. Les enseñan a votar y les señalan candidatos. Hay que elegir —les dicen— a fulano y a mengano, defensores decididos de la honestidad ciudadana y de la pureza de la familia. ¡Cuidado con dejarse embaucar por propagandas malsanas de hombres que buscan la destrucción de la sociedad y la perversión de los más sanos principios!

Esto —claro está— se halla ya en franca bancarrota, aunque todavía subsiste. Elementos progresistas se han infiltrado en el establecimiento y han abierto los ojos a los que ya no se dejan conducir como un rebaño al matadero, para dar su voto a los enemigos del pobre, a los explotadores del obrero, a los que ven en ellos sólo un escalón, de quien se acuerdan únicamente cuando quieren subirse sobre ellos para alcanzar mejores posiciones, prebendas y sinecuras; para meter si se puede la mano en la cosa pública como se ha hecho ya en la Casa de Beneficencia.

TURBIOS MANEJOS CON DINERO AJENO

La Beneficencia no puede pagar el sueldo mínimo —dicen los patronos y la dirección —porque los fondos de la misma no alcanzan para ello. Y ¿cuáles son los fondos de la Casa? ¿Cómo se administran, quién los cobra y en qué se invierten?

La Beneficencia —todos lo sabemos— cuenta con innúmeros legados que, desde tiempos de la colonia, producen rentas que se supone, han de servir para sufragar los gastos de la Institución. La Beneficencia tiene cientos de propiedades urbanas y rústicas, pero la administración de las mismas es un negocio turbio. Hay fincas de caballerías y más caballerías, ricas en maderas y otros productos, que se dice pagan doce pesos anuales de renta; hay propiedades urbanas cuyos alquileres declarados son cantidades irrisorias, ridículas. Pongamos un ejemplo: la manzana que en Belascoain, Zanja y Chávez ocupan un bar y una funeraria abona, se dice, ciento veinte pesos mensuales. ¿Puede creerse eso? ¿A qué lugar van a parar las diferencias?

Aunque se diga que esas inmoralidades son producto de administraciones anteriores, la dirección actual y los patronos tienen su parte de culpa. Si no quieren ser cómplices de aquellas, deben poner las cosas en su lugar y defender los dineros de la Casa para que sean invertidos en la mis-

ma y en la atención de aquellos que en ella trabajan.

Sin embargo, pese a esas estrecheces tan pregonadas por los actuales mandones de la Beneficencia hay en ella quienes ganan salarios crecidos, miembros —claro está— de una casta privilegiada de familiares y protegidos que tienen comida aparte y reciben sueldos y dietas, mientras que otros empleados, las manejadoras —pongamos por caso— tienen que levantarse a las cinco de la mañana para oír misa y se pasan después el día entero lidiando con los muchachos, salen seis horas cada quince días, son tratadas como en un ergástulo del medioevo y reciben diecisiete pesos mensuales.

CENTRO DE DISCRIMINACION RACIAL

En un lugar en que se ignora a Maceo, en que no se guardan las fiestas patrias con la solemnidad debida, los métodos nazistas de discriminación racial, son algo de todos los días. Los muchachos son escogidos cuidadosamente, para ser llevados a determinados lugares de modo que sólo vayan los "claritos"; las empleadas negras han sido vejadas en más de una ocasión como en el caso reciente en que una dulce hermanita de la Caridad, olvidando sus votos de mansedumbre, lanzó a una manejadora negra más de un epíteto injurioso.

d

4

HAY QUE HACER JUSTICIA

He ahí puesta de manifiesto —aunque mucho queda por decir— la verdadera situación de la Casa de Beneficencia, institución que fué fundada para hacer de los hijos olvidados y de los pobres sin cariño y sin padres, hombres y mujeres útiles a su país y a sí mismo; que no fué fundada para que en ella se explotara a un grupo de cubanos dignos y honestos que ganan a costa de grandes trabajos un mendrugo para los suyos y que no se instituyó para que nadie hiciera de ello feudo político ni ocasión de maniobras inconfesables.

La voz de los empleados y obreros de la Beneficencia se ha alzado más de una vez en demanda de justicia. En nuestro país, tan adelantado va en cuestiones sociales, no puede permitirse que subsista ese foco de explotación. Hay que dar a los que trabajan en la Beneficencia sueldo decente, trato humano y las consideraciones que ahora se le niegan.

Hay que ver cuál es la situación de los fondos de la Beneficencia y demostrar escrupulosamente en qué se invierten. Hay que mejorar los dormitorios y comedores donde los niños viven. Hay que darles más comida y mejor lecho. Es preciso que las niñas de la Institución tengan maestras idóneas, que aprendan de verdad a ser madres y esposas útiles, en lugar de ser educadas para carne de explotación. Hay que hacer una investigación de métodos y procedimientos ¡que la justicia se abra paso! Que estas cosas que aquí denunciarnos públicamente no vuelvan a suceder! ¡Que la Casa de Beneficencia sea lo que realmente debe ser! Y que la justicia se haga como quería Martí —con la manga al codo— sin distingos ni consideraciones, aunque griten los voceros reaccionarios, aunque los soberbios patronos amenacen con la renuncia, aunque las hermanas de la Caridad digan que ellas también se van. Sin remilgos ni consideraciones hay que resolver el problema de la Beneficencia. Y no luego ni el mes que viene, sino ahora sobre la marcha, sin mirar hacia atrás y caiga quien caiga. Eso pedimos y eso esperamos.

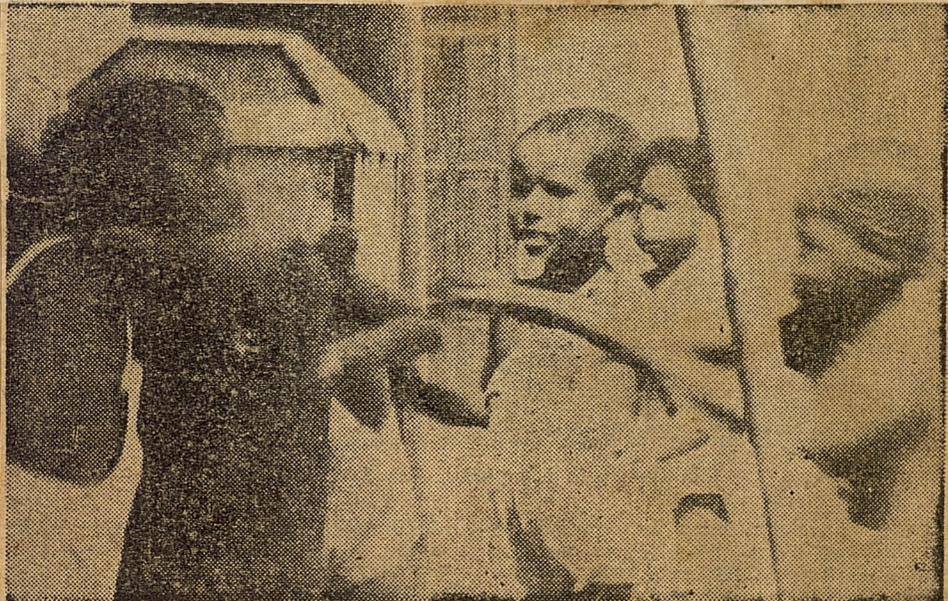
Hay, Sep 9/45



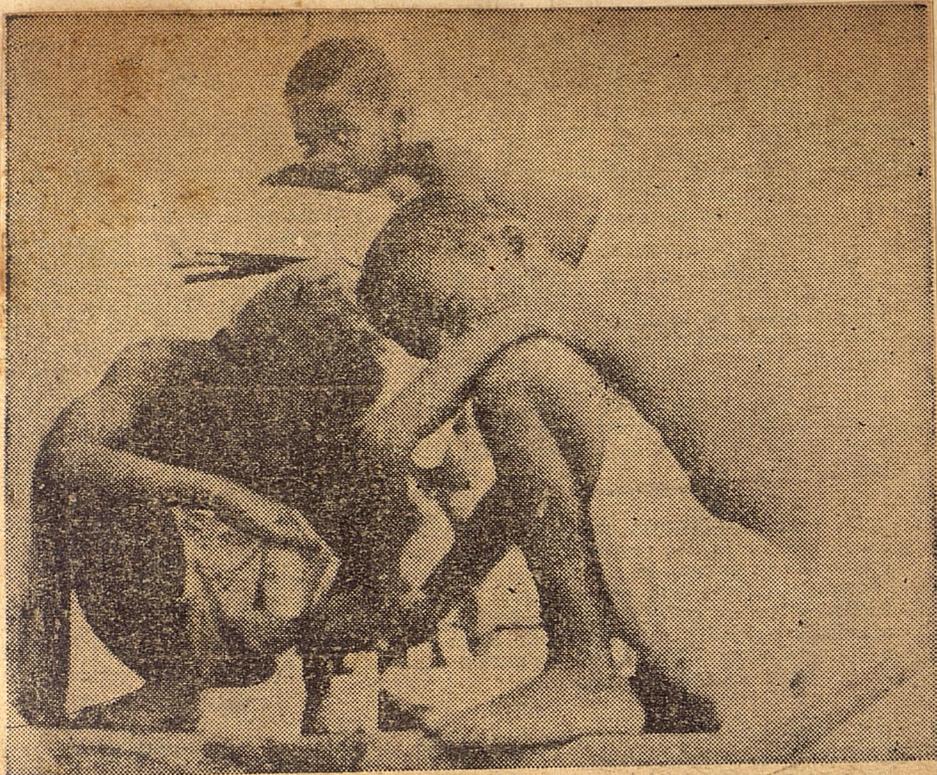
Todo deteriorados los pisos de madera de los dormitorios tienen ya más de un siglo de existencia



La Beneficencia desplaza a sus empleados porque piden aumento de sueldo. Después... bueno después los niños realizan las labores de aquellos, no importa la edad que tengan. En la foto un niño de cinco años agota sus escasas fuerzas en la limpieza de una enorme escalera de piedra



¡Parvulitos con hambre! Niños de tres a cinco años extrayendo desperdicios de los latones de basura



Extrayendo agua de un registro para saciar la sed



Una vez logrado un resto de comida los párvulos se lo comen mientras huyen de la manejadora que acude a regañarlos